to, y consiguientemente el apartamiento del ánima del cuerpo, que de ese derramamiento y apartamiento de la sangre del cuerpo se siguió. De manera, que por las palabras de la consagracion se produce el sacrificio que se ofrece, y por ellas mismas se hace la oblacion. Pero el ser sacramento, eslo siempre, despues de consagrado, miéntras duran las especies de pan; cuando está reservado en la custodia, cuando le llevan á los enfermos, y cuando uno comulga; y no tiene entónces razon ni fuerza de sacrificio.

Y hay otra diferencia, que en cuanto es sacramento, aprovecha al que lo recibe como los demas sacramentos, dándole gracia y los demas efectos propios suyos. Pero en cuanto es sacrificio, aprovecha no solamente al que lo recibe, sino tambien á otros por quien se ofrece. Y así nota el Concilio Tridentino que para estas dos cosas y por estas dos causas instituyó Cristo este divino misterio: la una, para que como sacramento fuese mantenimiento del alma, con el cual se pudiese conservar, restaurar y renovar la vida espiritual; la otra, para que la Iglesia tuviese un sacrificio perpetuo que ofrecer á Dios para perdon y satisfaccion de nuestros pecados, para remedio de nuestras necesidades, en recompensa y agradecimiento de los beneficios recibidos, y para impetrar y alcanzar nuevas gracias y mercedes del Señor. Y no solamente para remedio y alivio de los vivos, sino tambien de los difuntos que mueren en gracia y están en purgatorio: á todos aprovecha este sacrificio.

Y hay aquí una cosa de gran consuelo, que así como el sacerdote, cuando dice misa, ofrece este sacrificio por sí y por otros, así tambien todos los que la están oyendo ofrecen juntamente con él este sacrificio por sí y por otros. Así como cuando un pueblo ofrece un presente á su señor, vienen tres ó cuatro

hombres, y habla el uno solo con él, pero todos traen el presente y todos le ofrecen; así acá, aunque solo el sacerdote habla y con sus manos ofrece este sacrificio, pero por manos del sacerdote ofrecen todos. Verdad es que hay diferencia, porque en el ejemplo que traemos, aunque escogen uno que hable, pero cualquiera de los otros podía hacer aquello; y en la misa no: porque solo el sacerdote, que está escogido de Dios para ello, puede consagrar y hacer lo que se hace en la misa; pero todos los demas que sirven ó asisten á ella, ofrecen tambien aquel sacrificio. Y así lo dice el mismo sacerdote en la misa: Rogad, hermanos, á Dios, que mi sacrificio y vuestro sea acepto y agradable á Dios todopoderoso (1); y en el Cánon dice: *Por los cuales te lo ofrecemos, ó ellos te lo ofrecen (2).* Lo cual debería poner mucha codicia á todos de oir y ayudar las misas: y lo declararemos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XV

De qué manera se ha de oir la misa.

Lo que habemos dicho parece que nos obliga á tratar cómo se debe oir misa, y lo que habemos de hacer en ella. Y así diremos cerca de esto tres cosas, que serán tres devociones que podemos tener en la misa, y cada una de ellas es muy principal, y todas tres se pueden tener juntamente. Y no serán de nuestra cabeza, sino de nuestra madre la Iglesia, para que se ten-

---

(1) Orate, fratres, ut meum, ac vestrum sacrificium acceptabile fiat apud Deum Patrem omnipotente.—(2) Pro quibus tibi offerimus, vel qui tibi offerunt.

gan y estimen en lo que es razon. Cuanto á lo primero, habemos de presuponer que la misa es una memoria y representacion de la pasion y muerte de Cristo, como queda dicho. Quiso el Redentor del mundo que este santo sacrificio fuese memoria de su pasion y del amor que nos tuvo, porque entendió que acordándonos de lo que por nosotros padeció, nos sería esta continua memoria un despertador grande para amarle y servirle, y que no seríamos como el otro pueblo, *que se olvidó del Señor que les salvó y sacó de Egipto* (1). Y así, una de las buenas devociones que podemos tener en la misa, conforme á esto, es ir considerando los misterios de la Pasion que en ella se nos representan, sacando de allí actos de amor y propósito de servir mucho al Señor.

Para eso ayudará mucho saber las significaciones de lo que se hace y dice en la misa, para que así vamos entendiendo y gustando más de los misterios grandes que allí se nos representan; porque no hay palabra, ni signo, ni ceremonia que no tenga grandes significaciones y misterios: y todas las vestiduras y ornamentos con que se viste el sacerdote para decir misa, nos representan tambien eso mismo. El amito dicen los santos que representa el velo con que cubrieron el rostro á Cristo nuestro Redentor, cuando le decían, hiriéndole en el rostro: «Profetiza quién te dió.» El alba, la vestidura blanca con que Herodes, haciendo burla y escarnio de él con su ejército, le envió vestido á Pilato. El cíngulo representa, ó las primeras ataduras y sogas con que fué atado, cuando le prendieron, ó los azotes con que fué azotado por mandado de Pilato. El manípulo significa las segundas ataduras, con que ataron á Cristo las manos á la

(1) Qui obliti sunt Deum, qui salvavit eos. *Ps.* CV, 21.

columna, cuando le azotaron. Pónese en el brazo izquierdo, que está más cercano al corazon, para denotar el amor grande con que recibió aquellos crueles azotes por nuestros pecados, y el amor con que es razon que nosotros correspondamos á tan grande amor y beneficio. La estola representa las terceras ataduras, que fué aquella soga que le echaron al cuello cuando llevaba la cruz á cuestas para ser crucificado. La casulla representa la vestidura de grana que le vistieron para hacer burla y escarnio de él; ó segun otros, representa aquella túnica inconsútil que le desnudaron para crucificarle.

El entrar el sacerdote en la sacristía á vestirse de estas vestiduras sacerdotales, representa la entrada de Cristo en este mundo, en el sagrario sacratísimo del vientre virginal de la Vírgen María, madre suya, donde se vistió de las vestiduras de nuestra humanidad para ir á celebrar este sacrificio en la cruz. Y al salir el sacerdote de la sacristía canta el coro el intróito de la misa, el cual significa los grandes deseos y suspiros con que aquellos santos Padres esperaban la Encarnacion del Hijo de Dios: **Envía, Señor, el Cordero enseñoreador de la tierra. ¡Oh si rasgaras los cielos y descendieras* (1)*!* Y tórnase á repetir otra vez el intróito, para significar la frecuencia de estos clamores y deseos que tenían aquellos santos Padres de ver á Cristo en el mundo, vestido de nuestra carne. El decir el sacerdote la confesion, como hombre pecador, significa que Cristo tomó sobre sí todos nuestros pecados para pagar por ellos, y quiso parecer pecador, y ser tenido por tal, como dice el profeta Isaías (2), para que nosotros fuésemos justos y san-

(1) Emitte agnum, Domine, dominatorem terræ. *Isai.*, XVI, 1.—Utinam dirumperes cœlos, et descenderes. *Isai.* LXIV, 1.—(2) Isai. LIII, 4 et 11.

tos. Los kyries, que quiere decir: «Señor, misericordia,» significan la grande miseria en que estábamos todos ántes de la venida de Cristo. Sería cosa muy larga discurrir por todos los misterios en particular. Basta entender que no hay cosa en la misa que no esté llena de misterios; y todos aquellos signos y cruces que hace el sacerdote sobre la hostia y el cáliz, es para representarnos y traernos á la memoria los muchos y varios tormentos y dolores que Cristo padeció por nosotros en la cruz; y el levantar en alto la hostia y el cáliz en acabando de consagrar (fuera de que se hace para que el pueblo lo adore), nos representa cuando levantaron la cruz en alto para que todos le viesen crucificado. Cada uno puede entretenerse en la consideracion de un misterio ó dos, que más devocion le diere, sacando de ellos fruto para sí, y procurando corresponder á tan grande amor y beneficio; y eso será más provechoso que el pasar de corrida muchos misterios por la memoria. Esta es la primera devocion que podemos tener en la misa.

La segunda devocion y modo de oir la misa, es muy principal y muy propio de ella, y le apuntamos en el capítulo pasado, para cuya inteligencia es menester presuponer dos cosas que allí declaramos. La primera, que la misa no solamente es memoria y representacion de la pasion de Cristo y de aquel sacrificio en que él se ofreció en la cruz al Padre Eterno por nuestros pecados; sino es el mismo sacrificio que entónces se ofreció, y del mismo valor y eficacia. La segunda, que aunque solo el sacerdote habla y con sus manos ofrece este sacrificio, pero todos los circunstantes le ofrecen tambien juntamente con él. Supuesto esto, digo que el mejor modo de oir la misa es ir juntamente con el sacerdote ofreciendo este sacrificio, y haciendo en cuanto pudiéremos lo que él hace, haciendo cuenta que nos juntamos todos allí, no sólo á oir la misa, sino á ofrecer este sacrificio juntamente con el sacerdote, pues en realidad de verdad es así; y por eso está ordenado que los sacerdotes digan con voz clara y moderadamente alta las cosas de la misa que conviene que el pueblo oiga, para que vayan gustando y preparándose juntamente con el sacerdote para ofrecer este sacrificio con la preparacion que la Iglesia con tan grande consejo y acuerdo ha ordenado para eso, porque todo lo que allí se dice y hace, es un preparar y disponer, así al sacerdote como á los que asisten, para que con más devocion y reverencia ofrezcan este altísimo sacrificio.

Para que mejor podamos poner esto en ejecucion, se ha de notar que tres partes principales tiene la misa: la primera es desde la confesion hasta el ofertorio, que toda ella es un preparar al pueblo para que dignamente pueda ofrecer este sacrificio, al principio con la confesion y aquellos versos de salmos, áun ántes de llegar al altar; luégo los kyries, que fuera de significar, como dijimos, la grande miseria en que estábamos ántes de la venida de Cristo, nos dan tambien á entender que el que ha de tratar negocios con Dios, no los ha de tratar por justicia, sino por misericordia. Luégo se sigue el *Gloria in excelsis Deo*, dando gloria á Dios por la encarnacion, y reconociendo el bien grande de este beneficio. Luégo se sigue la oracion. Y débese notar que dice el sacerdote *Oremus* y no *Oro*, porque todos oran con él, y él en persona de todos. Y para que esto se haga con más espíritu, precede el pedir para ello la asistencia del Espíritu Santo, volviéndose el sacerdote al pueblo con el *Dominus vobiscum*, y respondiendo el pueblo *Et cum spiritu tuo*. La epístola significa la doctrina del Viejo Testamento y la de San Juan Bautista, que precedió como prepa-

racion y catecismo para la doctrina del Evangelio. El gradual, que se dice despues de la epístola, significa la penitencia que hacía el pueblo con la predicacion de San Juan Bautista. Y el *Alleluya* que se sigue despues del gradual, significa el alegría que tiene el alma despues de haber alcanzado el perdon de los pecados por medio de la penitencia. El evangelio significa la doctrina que Cristo predicó en el mundo. Y hace el sacerdote la señal de la cruz sobre el libro que ha de leer, porque nos ha de predicar á Cristo crucificado; y despues hace la señal de la cruz en la frente, boca y pecho, y el pueblo tambien, en lo cual profesamos que tenemos á Cristo crucificado en nuestro corazon, y que le confesaremos con nuestras lenguas y con nuestros rostros descubiertos, y viviremos y moriremos en esta confesion. Enciéndense nuevas lumbres para decir el evangelio, porque esta doctrina es la que alumbra nuestras almas y la luz que trajo el Hijo de Dios al mundo (1). Oyese el evangelio en pié, para darnos á entender la prontitud que habemos de tener para obedecerle, y para defenderle, cuando fuere menester. Oyese descubierta la cabeza, para dar á entender la reverencia que habemos de tener á la palabra de Dios. Luégo se sigue el Credo, que es el fruto que se saca de la doctrina del Evangelio, porque en él confesamos los artículos y principales misterios de nuestra fe. Esta es la primera parte de la misa, la cual llaman misa de los catecúmenos, porque hasta aquí se permitían estar en la misa los catecúmenos que no estaban bautizados, y los infieles, así judíos como gentiles, para que oyesen la palabra de Dios y fuesen instruidos en ella.

(1) Lumen ad revelationem gentium, et gloriam plebis tuæ Israel. *Luc.*, II, 32.

La segunda parte de la misa es desde el ofertorio hasta el Pater noster, que llaman misa del sacrificio, á la cual solos los cristianos pueden estar. Y así solía el diácono desde el púlpito mandar ir á los catecúmenos; y entónces se decía antiguamente, el *Ite, missa est:* Idos, porque la misa, esto es, el sacrificio se comienza ya, al cual no es lícito á vosotros asistir. Esta es la principal parte de la misa, donde se hace la consagracion y se ofrece lo consagrado. Y así el sacerdote comienza á tener silencio y á decir las oraciones en secreto que no sean oidas de los circunstantes, como quien se acerca ya al sacrificio; como cuando se acercaba la pasion, dice el sagrado Evangelio (1) que Cristo nuestro Redentor se retiró junto al desierto á la ciudad de Efren, y que ya no andaba en público. Pues acercándose ya el sacerdote á ofrecer el sacrificio lávase las manos para darnos á entender la limpieza y puridad con que nos habemos de llegar á este sacrificio. Y vuélvese al pueblo diciendo que hagan oracion juntamente con él para que aquel sacrificio sea acepto y agradable á la Majestad de Dios. Y despues de haber orado un poco secretamente, torna á interrumpir el silencio con el Prefacio, que es un apercibimiento más particular con que el sacerdote se dispone á sí y al pueblo para este santo sacrificio, exhortándoles á que levanten los corazones al cielo y á que den gracias al Señor por haber bajado del cielo á tomar nuestra carne y morir por nosotros: **Bendito el que viene en nombre del Señor, sálvanos en las alturas,** que son aquellos loores con que le recibieron en Jerusalen el Domingo de Ramos (2): **Santo, Santo, Santo, el Señor Dios de los ejércitos,** son aquellas voces

(1) Joan., XI, 54.—(2) Benedictus qui venit in nomine Domini: hosanna in altissimis. *Matth.*, XXI, 9.

con que le están perpetuamente alabando los cortesanos del cielo, como dice Esaías y San Juan en su Apocalipsi (1). Luégo comienza el Cánon de la misa, donde primero ruega el sacerdote al Padre Eterno que por los méritos de Jesucristo su único Hijo y Señor nuestro acepte este sacrificio por la Iglesia, por el papa, por el prelado, por el rey. Y luégo en secreto ruega á Dios por otras personas particulares, ofreciendo tambien el sacrificio por ellas, haciendo el primer memento que llamamos de los vivos; y particularmente ofrece este sacrificio por los que están presentes (2). Y así es cosa muy provechosa asistir á la misa; porque los que asisten á ella participan más de los dones de Dios, como los que asisten á la mesa del rey, y como los que le salen á recibir cuando entra en la ciudad; y como los que estuvieron al pié de la cruz, San Juan y nuestra Señora, la Magdalena y el buen Ladron. Ruperto abad dice que hallarse presente á la misa es hallarse presente á las exequias de Cristo nuestro Redentor. Luégo se sigue la consagracion, en que, como dijimos en el capítulo pasado, consiste y se ofrece el sacrificio de la misa por todos aquellos de quien en el memento se ha hecho mencion.

Pues digo que la mejor devocion que uno puede tener en la misa, es ir atendiendo á lo que el sacerdote dice y hace, é ir juntamente con él ofreciendo este sacrificio, y haciendo, en cuanto puede, lo que él hace, como quien es parte en tan grande negocio como allí se trata y celebra. Y cuando el sacerdote hace el memento de los vivos, es bueno hacer tambien cada uno su memento, rogando á Dios por los vivos; y despues el de los difuntos, tambien con el sacerdote.

---

(1) Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabaoth. *Isai.*, VI, 2; *Apoc.*, IV, 8.—(1) Et omnium circumstantium.

Nuestro Padre Francisco de Borja hacía el memento de esta manera: presupuesta la consideracion dicha, que este sacrificio representa y es el mismo que se ofreció en la cruz por nosotros, iba haciendo su memento por las cinco llagas de Cristo. En la llaga de la mano derecha, encomendaba á Dios el papa y los cardenales, y todos los obispos y prelados, clérigos y curas, y todo el estado eclesiástico. En la llaga de la mano izquierda, encomendaba á Dios el rey y todas las justicias y cabezas del brazo seglar. En la llaga del pié derecho, todas las religiones, y en particular la Compañía. En la llaga del pié izquierdo, todos sus deudos, parientes, amigos, bienhechores, y todos los que se habían encomendado en sus oraciones. La llaga del costado, reservaba para sí, y allí se entraba y acogía él (1), pidiendo á Dios perdon de sus pecados y remedio de sus necesidades y miserias. Y así ofrecía este sacrificio por todas estas cosas, y por cada una de ellas, como si por sola ella le ofreciera; ofreciéndole siempre en particular por aquella persona ó personas por quien decía la misa por obligacion ó devocion, con voluntad de que se le aplicase de aquel santo sacrificio toda la parte que se le debía, sin que fuese defraudado en nada por los demas á quien lo aplicaba.

De la misma manera hacía el memento de los difuntos; ofreciendo aquel sacrificio, lo primero, por la persona ó personas por quien particularmente decía la misa; lo segundo, por las ánimas de sus padres y parientes; lo tercero, por los difuntos de su Religion; lo cuarto, por sus amigos, bienhechores, encomendados, y por todos aquellos á quien tenía alguna obligacion; lo quinto, por las ánimas que estan más des-

---

(1) In foraminibus petræ, in caverna maceriæ. *Cant.* II, 14.

amparadas, que no tienen quien haga bien por ellas, y por las que están en más graves penas y en mayor necesidad, y por las que están más cerca de salir del purgatorio, y por las que sería mayor caridad y servicio de Dios ofrecerle. Así habemos de hacer nosotros de esta ú otra manera, como cada uno mejor se hallare.

Y particularmente habemos de ofrecer este sacrificio por tres cosas, que entre otras muchas nos tienen muy obligados y cercados por todas partes: la primera, en hacimiento de gracias por los beneficios grandes que habemos recibido de la mano de Dios, así generales como particulares; la segunda, en satisfaccion y recompensa de nuestros pecados; la tercera, para pedir remedio de nuestras necesidades y flaquezas, y alcanzar nuevas mercedes del Señor. Y es muy bueno ofrecer cada uno á Dios este sacrificio por estas tres cosas, no sólo por sí mismo, sino tambien por los prójimos; ofreciéndole, no sólo por los beneficios que él ha recibido, sino tambien por las mercedes tan grandes que ha hecho y cada día hace á todos los hombres. Y no sólo en satisfaccion y recompensa de sus pecados, sino de todos los pecados del mundo, pues basta y sobra para satisfacer y aplacar por todos ellos al Padre Eterno. Y no sólo para pedir remedio de las miserias y necesidades propias y particulares, sino de todas las de la Iglesia. Y en esto se conforma uno más con el sacerdote que lo hace así; fuera de que la caridad y zelo de las almas pide que no sólo tenga uno cuenta con su particular, sino con el bien comun de la Iglesia. Y generalmente es bueno ofrecer este sacrificio por todo aquello que Cristo le ofreció estando en la cruz, y por lo que él quiso que se ofreciese cuando le instituyó. Y será bueno ofrecernos tambien á nosotros mismos, juntamente con Cristo, en sacrificio

al Padre Eterno cada día en la misa por estas mismas cosas, sin quedar nada en nosotros que no se lo ofrezcamos. Porque aunque es verdad que son de muy poco valor nuestras obras de suyo; pero teñidas en la sangre de Cristo y en union de sus méritos y pasion serán de mucho valor y agradarán mucho á Dios.

San Crisóstomo dice (1) que la hora en que se ofrece este divino sacrificio es el tiempo más oportuno que hay para negociar con Dios, y que los ángeles tienen esta por una suavísima coyuntura para pedirle mercedes en favor del género humano, y que claman allí con grande ahinco por nosotros á Dios por ser el tiempo tan acomodado. Y así dice que están allí escuadrones celestiales de ángeles, de querubines y serafines, arrodillados con grande reverencia ante la Majestad de Dios; y que luégo en ofreciéndose este sacrificio, van volando estos correos celestiales para que las cárceles del purgatorio se abran y se ejecute lo que allí se ha despachado. Y así es razon que nosotros sepamos estimar esta coyuntura y aprovecharnos de tan buena ocasion, y que vamos á la misa á ofrecer este divino sacrificio con grande confianza, que por medio de él aplacaremos la ira del Padre Eterno, y pagaremos las deudas de nuestros pecados, y alcanzaremos los dones y mercedes que le pidiéremos.

La tercera devocion pertenece particularmente á la tercera parte de la misa, que es desde el *Pater noster* hasta el fin, donde el sacerdote consume, y las oraciones que se dicen despues de la comunion, todas son un hacimiento de gracias por el beneficio recibido. Pues lo que han de hacer entónces los que oyen la misa, es ir tambien en esto con el sacerdote en

---

(1) Chrys. *hom. 3 de incomprehensibili Dei natura.*

cuanto pudieren. No podemos comulgar en cada misa sacramentalmente, pero espiritualmente sí. Pues esta sea la tercera devocion de la misa, que es muy buena y muy provechosa, que cuando comulga el sacerdote sacramentalmente, comulguen tambien espiritualmente los que se hallan presentes. Comulgar espiritualmente es tener un deseo grande de recibir este santísimo Sacramento, conforme á aquellas palabras de Job: *¿*Quién nos diera que pudiésemos hartarnos de su carne* (1)?* Así como al goloso se le van los ojos tras la golosina, así al siervo de Dios se le han de ir los ojos y el corazon tras este divino manjar, y cuando el sacerdote abre la boca para consumir, ha de abrir él la boca de su ánima con un deseo grande de recibir aquel divino manjar, y estarse saboreando en aquello. De esta manera Dios satisfará el deseo del corazon con aumento de gracia y de caridad, conforme á aquello que él promete por el Profeta: *Dilata os tuum, et implebo illud:* *Abre tu boca y henchírtela he (2).*

Pero nota aquí el Concilio Tridentino (3) que para que el deseo de recibir este santísimo Sacramento sea comunion espiritual, es menester que nazca de fe viva, informada de la caridad. Quiere decir, que es menester que el que tiene este deseo esté en caridad y gracia de Dios, porque entónces consigue este fruto espiritual, uniéndose más con Cristo; pero en el que estuviese en pecado mortal, este deseo no sería comunion espiritual; ántes, si desease comulgar, estándose en pecado, pecaría mortalmente, y si lo desease, saliendo primero de él, aunque sería buen deseo, no

(1) Si non dixerunt viri tabernaculi mei (id est, boni christiani, et timorati): quis det de carnibus ejus, ut saturemur? *Job*, XXXI, 31.—(2) *Ps.* LXXX, 11.—(3) Conc. Trident. sess. XIII, c. 8.

sería comunion espiritual; porque como no está en gracia no puede recibir el fruto de ella. De manera, que es menester estar en gracia de Dios, y tener entónces este deseo es comulgar espiritualmente, porque por ese deseo de recibir este santísimo Sacramento, participa de los bienes y gracias espirituales que suelen participar los que le reciben sacramentalmente.

Y áun puede ser que el que comulga espiritualmente reciba mayor gracia que el que comulga sacramentalmente, aunque comulgue en estado de gracia, porque aunque es verdad que la comunion sacramental de suyo es de mayor provecho y de mayor gracia que la espiritual, porque, al fin, es Sacramento y tiene privilegio de dar gracia *ex opere operato*, lo cual no tiene la comunion espiritual; pero con tanta devocion, reverencia y humildad puede uno desear recibir este santísimo Sacramento, que reciba con eso mayor gracia que el que le recibe sacramentalmente, no con tanta disposicion.

Y más: hay otra cosa en esta comunion espiritual, que como es secreta, y no la ven los demas, no hay ningun peligro de vanagloria de los circunstantes, como le hay en la comunion sacramental, que es pública. Y más: tiene otro privilegio particular que no tiene la sacramental, y es que se puede hacer más veces. Porque la sacramental hácese una vez en la semana, ó cuando mucho, una vez cada día; pero la espiritual puédese hacer, no solamente cada día, sino muchas veces al día. Y así tienen muchos esta loable devocion de comulgar espiritualmente, no sólo cuando oyen misa, sino cada vez que visitan el santísimo Sacramento, y otras veces.

Y es bueno el modo de comulgar espiritualmente que usan algunos siervos de Dios; el cual pondremos aquí para que se pueda aprovechar de él el que qui-

siere. Cuando oís misa ó cuando visitais el santísimo Sacramento, ó cada y cuando que quisiéredes comulgar espiritualmente, despertad vuestro corazon con afectos y deseos de recibir este santísimo Sacramento, y decid: ¡Oh Señor, quién tuviera la limpieza y puridad que es menester para recibir dignamente tan gran huésped! ¡Oh! quién fuera digno de recibiros cada día y teneros siempre en sus entrañas! ¡Oh Señor, qué rico estuviera yo si os mereciera recibir y traer á mi casa! ¡qué dichosa fuera mi suerte! Pero no es necesario, Señor, venir Vos á mí sacramentalmante para enriquecerme, queredlo, Dios mio, que eso bastará; mandadlo Vos, Señor, y quedaré justificado. Y en testimonio de esto, decid aquellas palabras que usa la Iglesia: Señor mio Jesucristo, yo no soy digno que Vos entreis en mi morada; mas decidlo Vos, que con vuestra sola palabra mi ánima será sana y salva (1). Si mirar la serpiente de metal bastaba para sanar los heridos (2), tambien bastará el miraros á Vos con fe viva y con ardiente deseo de recibiros. Y será bueno añadir la Antífona: *O Sacrum convivium, etc.*, y el verso: *Panem de Cœlo, etc.*, con la oracion del santísimo Sacramento.

CAPÍTULO XVI

Algunos ejemplos cerca de la devocion de oir misa y decirla cada día, y la reverencia con que habemos de estar en ella.

El Papa Pio II (3) y Sabélico cuentan que en la provincia de Istria, que confina con Panonia y Austria, vivía un devoto caballero, el cual era molestado de una grave tentacion de ahorcarse, y algunas veces estuvo en puntos de hacerlo. Andando con esta penosa tentacion, descubrióse á un religioso letrado y temeroso de Dios pidiéndole consejo, el cual despues de haberle confortado y consolado mucho, le dijo que tuviese en su compañía un capellan que cada día le dijese misa. Parecióle bien este remedio, y así se concertó con un sacerdote, y los dos se fueron á vivir á una buena fortaleza que tenía en el campo, donde habiendo un año que por medio de esta santísima devocion vivía en sosiego, acaeció que un día le pidió licencia su capellan para ir á celebrar una fiesta á un pueblo allí vecino con un clérigo amigo suyo: el caballero dió la licencia con intencion de ir allá á oir misa y hallarse en la fiesta; pero por cierta ocasion se detuvo, de modo que era ya medio día cuando vino á salir de su fortaleza muy congojado, pensando no hallar misa, y molestado de su antigua tentacion; yendo así fatigado encontróse con un labrador que venía del lugar, el cual le certificó que eran ya acabados los oficios divinos. Recibió de esto el caballero tanta pena, que comenzó á maldecir su ventura y á decir que pues aquel día no había oido misa, se tenía ya por perdido. El labrador le dijo que no se fatigase, que él le vendería la misa y lo que delante de Dios había merecido con ella: al caballero le agradó esto, y así se concertaron en que le diese una ropa que traía vestida, la cual él dió de buena voluntad, y con esto se partió el uno del otro. Con todo eso, quiso el caballero llegar al pueblo á hacer oracion en la iglesia; hízolo así, y poco despues volviéndose á su casa, llegando al lugar de la simonía vió que el labrador se había ahorcado de un árbol, permitiéndolo así Dios en castigo de su pecado: quedó atónito y dió gracias al Señor

(1) Domine, non sum dignus, ut intres sub tectum meum; sed tantum dic verbo, et sanabitur anima mea. *Matth.*, VIII, 8.—(2) Num. XXI, 9.—(3) Pius II, *in sua Cosmographia, in descriptione Europæ.*